Vedia y Mitre, Mariano. *Apología del traductor.* Discurso de recepción como miembro de número en la Academia Argentina de Letras, 1935.

Mariano de Vedia y Mitre

APOLOGÍA DEL TRADUCTOR

¿La traducción es un género literario? Se ha negado tantas veces todo mérito al traductor, se ha sostenido tan reiteradamente desde todas las alturas, las verdaderas y las convencionales, que el traductor es un mero deformador de las grandes obras, que parece que a todo lo que se puede aspirar es a un poco de tolerancia, de generosa benevolencia para quienes acometen la difícil empresa, bien lo hagan con el más profundo afán artístico y el propósito más desinteresado que pueda caber.

Pero es el caso que existe una vocación en el traductor. Sentirse inclinado a verter al propio idioma una obra de gran mérito artístico perteneciente a una literatura extranjera, realizarlo con gran esfuerzo y noble fatiga, tratar así de incorporar a la propia literatura una obra extraña, sólo puede hacerse por un impulso ajeno a todo cálculo, a todo interés menguado. Si la vocación es como ha sido definida la intención de la Providencia que llama a cada hombre a un género de vida y de acción particulares, si un hombre se entrega a una traducción y a otra, si los móviles que lo inspiran son los antes insinuados, si una constante probidad artística lo dirige, su obra será algo más que una diversión circunstancial, que un entretenimiento de ratos perdidos y desde luego que un negocio de edición. Las aptitudes del espíritu y de la imaginación pueden sin duda orientarse hacia los cuatro puntos cardinales del trabajo humano: la ciencia, el arte, la industria, el comercio. Eso constituye la vocación de cada uno. Al arte, y dentro de él arte literario pertenecen las traducciones y sobre todo las traducciones poéticas.

Si así fuera, ¿por qué han sido objeto de tantos dicterios, de tan efectivo desprecio? Vale la pena de tratar de aclararlo.

Nadie ignora el proverbio italiano, *traduttore, traditore* ni tampoco el pasaje de Cervantes que pone en boca de Don Quijote estas palabras entre otras sobre el tema: "me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés: que aunque se veen las figuras son llenas de hilos que las escurecen, y no se veen con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel. Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir; porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen." La comparación pintoresca no es original de Cervantes. Rodríguez Marín consigna en su edición crítica de Don Quijote que ya Pellicer observó que usaron de ella Don Diego de Mendoza y Don Luis Zapata, éste en su traducción del *Arte*

Poética de Horacio, impresa en 1591, en donde dice que "son los libros traducidos tapicería del revés, que están allí la trama, la materia y las formas, colores y figuras, como madera y piedras sin labrar, faltos de lustre y de pulimento".

Voltaire figura entre los campeones del gran combate contra las traducciones y los traductores. Desafió a Rivarol a triunfar en su propósito de traducir al Dante diciéndole que "cambiaría tres veces de piel antes de librarse de las patas del Diablo". Rivarol realizó su trabajo de artífice pensando que "un idioma extranjero exigiendo constantemente *tours de force* a un hábil traductor lo pone a prueba en todo sentido; sabe al punto lo que puede y lo que no puede su lengua; agota sus recursos, pero aumenta sus fuerzas".

Igual displicencia a la de Voltaire mostró Racine hijo respecto al propósito de Delille de traducir las *Geórgicas*. Pero igualmente el traductor triunfó. Su traducción le abrió todas las puertas desde las de la Academia francesa, *et même celles des boudoirs*. Es honor de las traducciones no está de más recordar que el Gran Federico que por cierto no carecía de autoridad literaria declaró a la traducción de Delille la obra más original de su siglo. Ante la observación de Richelieu al rey de que era demasiado joven Delille para ser incorporado a la Academia, he aquí la respuesta: "¡Demasiado joven, demasiado joven Delille! ¡Tiene cerca de dos mil años, tiene la edad de Virgilio!"

No son las anotadas las únicas censuras que formuló Voltaire para los traductores. "Que no se crea, dice, conocer a los poetas por las traducciones: sería querer apreciar los colores de un cuadro en una estampa. Las traducciones aumentan los defectos de una obra y empalidecen las bellezas." Pero se jacta de ser el primero que hizo conocer en Francia a Milton y a Shakespeare gracias a que sus versiones son infieles, lo que no le impide en otros escritos dar consejos a los traductores abandonando por momentos su constante ironía. Aparece creer que puede obtenerse una buena traducción sometiéndose a sus reglas: "Un epigrama, un madrigal, pueden ganar en una traducción; una tragedia no puede sino perder." Y él, empero, acomete la tarea de invadir el campo de Sófocles, entre el de otros grandes. Y he aquí lo que dice de él la alta autoridad de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, después de una crítica a la adaptación de Séneca el trágico: "¡Pues qué, si pasamos a los imitadores modernos que teniendo por frialdad y pobreza la divina sencillez sofóclea y pareciéndoles poco asunto el de Edipo para llenar cinco actos, han henchido por lo menos dos de absurdos amoríos dignos de cualquier novela sentimental, como los de Teseo y Dircea en Corneille, o los de Filoctetes y Yocasta en Voltaire, que, sin embargo, conocía toda la ridiculez de estos episodios y aditamentos y confiesa que sólo sirven para envilecer un argumento tan bello. Sólo en los dos últimos actos, sobreponiéndose, aunque no del todo, al bastardo convencionalismo que pasaba en Francia por tragedia clásica, osó Voltaire aplicar sus labios al raudal de la poesía de Sófocles, y no parece sino que aquellas sagradas

aguas, con no llegar puras a él sino enturbiadas por el légamo de las traducciones, bastaron a infundirle vigor, majestad y grandeza humana en él desusadas."

Cosa semejante puede decirse de los intentos de Voltaire de traducir a Shakespeare. Es un infiel y se solaza en serlo. El monólogo inmortal de Hamlet acometido por él no es así ni una traducción, ni una versión, ni siquiera una paráfrasis. Según él, el idioma inglés hace imposible la traslación de sus versos a su propio idioma. Para demostrarlo no hace sino el desarrollo del tema shakespearino en hermosos versos franceses que en verdad no tienen ningún parentesco con el original. Ha obtenido así con sí mismo la demostración parcial de su teoría.

A despecho de tanto desdén, la traducción, y hay que insistir, la traducción poética, ha sido en todo tiempo una noble actividad artística hasta de parte de quienes, para disimular los defectos en que presumían haber incurrido, hacían la apología de su labor, esto es, su defensa, con apariencias de modestia y en definitiva con evidente descrédito de la propia obra. (...)

El arte del traductor, desde luego, jamás tendrá la misma dignidad si vierte simplemente prosa y no verso y peor aún si traslada la poesía a la prosa.

Quede excluída toda consideración sobre el mérito artístico que puedan contener las traducciones de prosa a prosa. Presentan sin duda, algunas dificultades, pero ellas las salva todo hombre de letras que conozca bien sus letras en ambos idiomas: aquel del que traduce y el propio. Esa empresa por lo demás ha sido tantas y tantas veces realizada con fines puramente comerciales que realmente poca afición puede mostrar a participar en ella quien se sienta con vocación artística. No es cosa para artistas ni para artífices, sino para artesanos. Tampoco ha de excluirse al respecto la socorrida muletilla de que la excepción confirma la regla.

En cuanto a verter poesía en prosa es como echar agua en el vino cuando no algo peor. Se arguye frecuentemente por quienes no se sienten sin duda capaces de lograr el verso en el propio idioma frente al verso extranjero, que llevando el verso a la prosa será mayor la fidelidad del traductor. Parece innecesario inculcar en que la obra poética está constituida por el fondo y por la forma. Si se conserva el fondo y se destruye totalmente la forma, no podrá sostenerse en serio que se ha conservado fidelidad alguna. Lo de los tapices vistos del revés nunca es más verdad que cuando se ve en el original una poesía y en la traducción vil prosa. Es realmente el revés del tapiz.

Por lo demás, si algo quieren decir las expresiones desdeñosas acerca de las traducciones, es que la labor es ardua, que no todos quienes la emprenden la realizan a satisfacción, que es mucho más fácil llegar al fracaso que al triunfo, que el traductor casi siempre es traidor y que pocas satisfacciones exteriores puede ofrecer la obra una vez concluída. Todo ello no hace sino abonar la importancia excepcional de las traducciones hechas con puro afán artístico, lo generoso del propósito y el alto mérito de aquellas en que el traductor entró en el alma del autor,

se posesionó de su inspiración, asió sus formas de expresión y como si fuera él mismo, trajo a su lengua lo que en lengua extraña fijó el arte. Y no se piense que dicho ésto por quien ama la traducción poética y la práctica, acusa una inmodestia patente o si se quiere una vanidad imperdonable de su parte. No. Una vez y otra vez habrá de repetirse que si el traductor se estima a sí mismo, ha de ser más que modesto, humilde. Su obra es obra humilde, no por pobre ni mezquina, sino porque requiere humildad de su parte. Para traducir a Homero, a Dante, a Shakespeare, hay que sentirse dentro de ellos, pero sería imperdonable ingenuidad creerse ellos mismos. Sentirse sí dentro de ellos mismos, porque se ha recibido de ellos todo: la inspiración, el asunto, el fondo, la forma. ¿Qué ha de hacer entonces el traductor? Hablar, hablar en una lengua nueva. Es un trasmisor. Y tiene que trasmitir con fidelidad lo que ha leído. Según sea la trasmisión habrá leído bien o mal. Cuando la trasmisión es mala habrá que taparse las orejas. Pero téngase el oído atento porque puede llegar a él una bella armonía.

El propio Cervantes en el pasaje varias veces mencionado, hace excepción de las buenas traducciones y cita dos, una realizada por Suárez de Figueroa, y otra la de Don Juan de Jáuregui. Por cierto que el primero no tomó a bien el elogio, pues estaba dirigido a quien tradujo de "lenguas fáciles" y le contestó con singular violencia hasta el punto de estampar: "Ahora se me ocurre que si tuviérades noticia de la lengua latina o italiana era fácil traducir en romance algún librito curioso: que al fin en semejantes trabajos se lisonjea a la lengua natural, con hacerle propias las buenas razones ajenas. Y aunque muchos ignorantes menosprecian esta ocupación, es con todo, digna de cualquier honra."

Nunca se repetirá bastante tampoco que la traducción poética no es cosa que pueda emprenderse así como así, ni que esté al alcance de todos. La capacidad es indispensable pero unida a la humildad. Es una cosa hermosa pero humilde, cosa semejante pero no igual a aquello de pobre pero honrado.

Traducir es interpretar. Hasta el lector que afronta la lectura de las grandes obras que ha producido el pensamiento humano en su original no hace sino una traducción, es decir, una interpretación a través de su temperamento y de su entendimiento mismo. Aun el autor originario no ha hecho al realizar su obra sino una traducción de su pensar y su sentir. El artista no hace sino traducir en imágenes sus concepciones de belleza. El poeta las traduce en versos; los demás traducen sus propias ideas en prosa vulgar. Platón no es sino el traductor de Sócrates, que vale tanto como ser su intérprete. Los enamorados que se besan traducen en este beso su amor. La música es traducción y quienes la ejecutan en cualquier instrumento, no son sino intérpretes, traductores otra vez. Hasta Shakespeare, grande entre los grandes, es un traductor. Toma una idea de otro, la hace pasar por el tamiz de su sensibilidad y de su inteligencia, y la idea renace transformada: ha sido libre y hermosamente traducida. El dramaturgo, el novelista, son traductores por definición: hacen que los personajes creados interpreten sentimientos y pasiones.

Cuanto más humanidad tiene esa interpretación, mayor universalidad tiene la obra. En general, la invención no es sino una traducción.

La traducción propiamente dicha, y sobre todo la traducción poética que es la que únicamente tiene o puede tener dignidad de obra de arte, comienza a diferencia de toda otra interpretación, por reconocer al padre. Hasta en ello es digna. Toda interpretación supone una personalidad. El traductor la tiene, pero los demás no lo ven, sea porque son ciegos, que es lo más frecuente, sea porque sabe disimularlo hasta desaparecer. El traductor ha de ser empero, el más alto de los intérpretes porque ha de dar, so pena de no ser nada, nueva vida a una creación ajena. (...)

Como respuesta a la interrogación inicial: ¿La traducción es un género literario? es del caso después de lo dicho refugiarse en el juicio de Lamartine: "En mi opinión la obra literaria más difícil es la traducción", son sus palabras.

Con el espíritu con que ha sido emprendida, con este amor por la belleza, con este desinterés artístico sólo se concibe que haya de emprenderse toda traducción poética. Pero eso no es todo. Es necesaria una capacidad que desde luego no depende de voluntad alguna, por esforzada que sea. *That is the question*, que diría Shakespeare.

1934